

El sabhueso de los Baskerville

Diario del doctor John Watson.

Verano de 1886, en algún remoto lugar de Teruel, España.

Aquella etapa final del viaje había sido dura, la sierra turolense no hacía mas que dificultar el paso de nuestro carro. Cuando por fin llegamos a la villa llamada Huesa, bajé del carro con gran satisfacción. Convencer a Holmes de dar un paseo tras semejante trayecto fue cosa fácil.

Si el lector conoce alguna de nuestras aventuras, probablemente le extrañará que nos encontremos en España, en vez de en nuestra patria, Inglaterra. La idea, una vez más, fue de mi amigo Sherlock Holmes. Este había decidido airearse después de uno de los años más intensos para él y su privilegiada mente. Cansado de recorrer Inglaterra, optó por viajar a un lugar recóndito donde poder descansar totalmente. Esta zona de Teruel era ideal.

Estábamos admirando los restos de su castillo, sus antiguas puertas, vestigio de cuando aquí todavía convivían las tres religiones, cuando vimos que un individuo se nos acercaba.

Me vi tan atónito como Holmes al ver que, en efecto, se dirigía hacia nosotros.

—¡Señor Cherlo, señor Cherlo! exclamó el hombre con un divertido acento.

—Deduzco que es usted el maestro del pueblo- contestó mi amigo con un español bastante aceptable, aunque delator de su origen inglés.

—¡Virgen santa! ¡Es usté igual que en las novelas! ¿Cómo ha deducido que yo soy el maestro?

—Oh, no solo he deducido eso- dijo Holmes con naturalidad- también que hace tiempo que no va a la ciudad a comprar, entre otros.

—¡Rediez! ¡Brujería! ¿Cómo puede saber todo eso?

—Desde el punto de vista del que desconoce mis métodos puede parecer inexplicable, pero no he hecho más que fijarme en su aspecto. No tiene usted las manos curtidas de un labrador, lo cual dice mucho en un pequeño pueblo.

—Lleva usted gafas -continuó Holmes- que no sirven sino para leer, cosa que pocos saben hacer en la sierra, y no parece usted ser párroco; por lo tanto es usted el maestro.

—Y hablando de su atuendo, su traje es viejo y es domingo, así pues, si este es su traje de domingo, hace tiempo que no compra uno.

—¡Magnífico!- exclamé yo, al que nunca dejaban de asombrar sus habilidades.

—Elemental, mi querido Watson- fue la respuesta.

—Pues el caso, señor Cherlo, es que no queríamos molestarle, pero ha pasado un suceso muy extraño y necesitamos su ayuda- dijo el aún asombrado maestro.

Lo que el profesor no debía de saber era que Holmes no aceptaba cualquier caso, sino únicamente los más misteriosos e inexplicables, los cuales suponían un reto para su intelecto. Pero, por entonces yo no sabía cuán trascendente sería para este pueblo, este suceso. Parecía que ni siquiera en vacaciones Holmes podía librarse de su talento...

—Pues verá, señor Cherlo, hasta ayer todo era muy normal aquí, pero esta mañana el sacristán ha ido a llamar a misa y la campana no ha sonado. Ha subido a ver qué pasaba y ¡la campana no estaba!

—Interesante...

—¡Es una campana muy grande, pesa más de 50 arrobas!

—Un momento, por favor. Watson, ¿cuánto son 50 arrobas?

—Unas 1300 libras, Holmes- Un silbido de sorpresa me indicó que el misterio había impresionado a Holmes.

—Cuénteme los detalles, si es tan amable, señor...

—Fleta, pa servirle. Pues sí, ayer la campana estaba en su sitio y por la noche ha desaparecido. Nadie ha visto ni oído nada. Y tampoco hemos encontrado huellas...

—Averiguémoslo. ¿Podríamos subir al campanario a examinar el lugar de los hechos?

Diez minutos después Holmes subía una estrecha escalera hasta el vacío campanario. Sacó su lupa y nos pidió que le esperásemos.

Al cabo del rato el detective bajó y empezó a inspeccionar exhaustivamente el suelo de la iglesia encima del cual solía colgar la campana. Fleta y yo nos encontrábamos atónitos, y más cuando llegaron las noticias.

—Watson, buscamos a un criminal competente. Se ha tomado muchas molestias en no dejar rastro, casi demasiadas.-

Y con ese críptico mensaje, el detective se marchó.

Más tarde interrogamos a dos novios que se iban a casar en un par de días, que quizás podían tener alguna enemistad que se opusiese a la boda. También preguntamos si habían visto algo a los monaguillos, a los vecinos próximos a la iglesia, a un labrador madrugador...

La única pista que teníamos era la del matrimonio, así que encaminamos la investigación por ahí.

Al final del día parecía que casi habíamos conseguido resolver el caso. Teníamos el móvil y al supuesto criminal: La boda entre los dos aldeanos carecía de boato si se oficializaba sin la campana. Y un antiguo pretendiente rechazado por ella no quiso darnos explicaciones sobre lo que hizo la noche anterior.

Al final del día me parecía que Sherlock Holmes había vuelto a triunfar, pues hizo llamar a todos cuantos creyó necesario para dar su clásica explicación.

—Señores, déjenme decirles, para empezar, que nuestro sospechoso es... ¡INOCENTE!-

Un murmullo de sorpresa recorrió la muchedumbre.

—El criminal, mejor dicho, los criminales, se esforzaron en no dejar rastro. Pusieron paja debajo de la campana para que no hiciese ruido al bajarla, y después limpiaron el suelo para que no se notase. Lo limpiaron demasiado, esa parte de la iglesia estaba más limpia que el resto...

—Además, una campana tan pesada tiene que ser levantada por varias personas, el pretendiente no habría podido llevársela. Pero sí podrían haberlo hecho... ¡LOS MONAGUILLOS!

Todas las cabezas se giraron hacia estos, que acabaron confesando:

—No pensábamos que nos descubrirían. Tampoco contábamos con que vendría usted, señor Cherlo. Sí, escondimos la campana, ¡pero solo porque el sacristán no nos iba a dejar tocarla en la boda! Todo el año de misas..., ¡para que en un día especial no nos dejen bandearla a gusto!

—Señores, creo que no les queda más que buscar por alguno de los pajes cercanos. Trabajo concluido. Watson, ¿volvemos mañana a visitar este bonito pueblo con calma?

No hizo falta que me lo dijese dos veces.